

LA GRACOLARIA

Periódico semanal

La Redacción no se hace solidaria de los trabajos firmados.

Insertéense ó no, no se devuelven los originales.

Anuncios, edictos y comunicados á precios convencionales.

Redacción y Administración

CALLE DE CORRÓ, 9

Precios de suscripción

Trimestre, pago adelantado.	1'50 ptas
Número suelto.	0'15 "
Número atrasado.	0'20 "

LA EDUCACIÓN MORAL

por John Stuart Blackie

Catadrático de la Universidad de Edimburgo

(Continuación)

II

Quizá sea oportuno, antes de entrar en detalles, indicar con una sola palabra la conexión que une la moral y la piedad, conexión que no siempre es bien entendida. Existe una escuela de moralistas ingleses procedentes de la de Bentham, que ha trazado un plan de moral sin religión. Esto viene á ser, diciéndolo en pocas palabras, un divorcio contra la naturaleza, un signo evidente de mezquindad, la señal de que existen lagunas entre quienes se convierten en abogados de este sistema.

Persona de la sabiduría como el anciano Epicuro, no dudo que pueda ser, según el curso seguido por la sociedad, un hombre muy bueno con una vida pura á pesar de creer producto de un concurso fortuito de ciegos átomos el edificio de este universo magnífico; estoy perfectamente convencido de que hay pocos en nuestros días tan virtuosos como algunos que nos hablan de leyes naturales, encadenamiento fatal, de la feliz combinación de circunstancias exteriores, y que piensan con estas frases vacías explicar el mundo sin tener necesidad de invocar el espíritu. Pero para una alma sana esta moral ha de tener algo incompleto, algo anormal, monstruoso. Me figuro un buen ciudadano inglés, pagando con regularidad el impuesto, cumplir el tiempo del servicio militar debido, batirse valientemente según las necesidades de la patria, y después no querer descubrirse ante la reina. Sin duda que no lo señalaríamos con el signo infamante del traidor y del

rebelde; pero, no obstante, sentiríamos un cierto desprecio indulgente por un sujeto tan entregado á los caprichos y tan falto de buenas maneras.

Así pasa con los ateos, sea su ateísmo teórico ó práctico. Son la mayor parte del tiempo visionarios, mercaderes de ideas falsas; hilan sogas de oro y de seda por medio de las cuales ellos mismos se estrangulan; simples máquinas de razonar, absolutamente desprovistas de toda noble inspiración; su cielo intelectual, si puedo atreverme hablar así, es de plomo, sin calor ni luz; agotan sus fuerzas nutriendo la secreta satisfacción que les proporciona sus mezquinos conocimientos, y en realidad de verdad, sus groseros dedos no alcanzan sino á lo que se toca, clasifica, se adiciona ó se disecciona. Una cosa se escapa al tacto, al microscopio, á todos los diagnósticos: esta cosa es la vida. La vida es la razón presidiendo la obra, lo que no tiene otro nombre sino el de Dios. Ignorar este término supremo de las cosas, es concebir la máquina de vapor sin el genio de Jaime Watt; es levantar el plano de acueductos conductores de agua á una gran ciudad, sin indicar el manantial de donde brota; es mostrarse de limitada comprensión ante el único hecho que hace á los demás posibles; es dejar el cuerpo sin cabeza. El origen de toda nobleza moral está en la alta inspiración interior, y este origen proviene del propio Dios.

III

Quiero indicar ahora alguna de estas virtudes cuya conquista debe ser la gran ambición de los jóvenes, si desean hacer de la vida, ese don divino, el uso mejor y más noble. Cada hora, cada momento, nos pone en circunstancias de obtener, en la gran batalla de la vida, una gloriosa victoria ó de sufrir un vergonzoso desastre. No brotan las primaveras en la primavera: del mismo modo ciertas virtudes han de arraigarse en la juventud, de

lo contrario peligran de que, á su debido tiempo, no den follaje frondosísimo.

IV

Es la *Obediencia* la primera virtud. Hoy se habla mucho de libertad: resulta sin duda una cosa excelente la libertad, mil veces preciosa ante los ojos de un hombre sano de espíritu. Pero es necesario entendernos sobre el valor exacto de esta palabra. Significa sencillamente, que, en el ejercicio de sus energías naturales, cada ser humano es libertado de coacción convencional, artificial y penosa. Así entendida, es la libertad sin contradicción y sin reserva un gran bien; pero ella no conduce muy lejos. No marca sino los límites en la carrera de la vida; traza al hombre el teatro de su acción, pero nada le dice de su papel ni de como ha de representarlo. Más allá de estos límites, termina toda acción, no en la libertad, sino en una serie de limitaciones. Cada precepto es un límite, y el precepto en último resultado, es la introducción de la razón en la vida. Ahora bien; como las reglas á que debemos someternos, no son siempre, no son nunca de las que uno se deja voluntariamente imponer y por sí mismo; como generalmente nos vemos dirigidos por otro y en bien de la sociedad; resulta de esto, que de aspirar á ser un miembro de la sociedad digno, trátase de quien se trate, lo primero que debe aprender es *obedecer*.

La ley, el ejército, la iglesia, los servicios públicos, toda la vida humana y una acción cualquiera, sean las que sean, no son sino demostraciones vivientes de este principio. Seguramente que en su esfera propia, queda el individuo independiente. Quitarle esta independencia, sería como convertirlo en máquina pura y anularle su cualidad de hombre; pero mientras obra como miembro del cuerpo social, no puede librarse de estos lazos, los cuales atan precisamente los individuos y hacen de ellos un conjunto sólido y definido, aunque figure en el más alto grado de la escala social. No es sino un esclavo. Tal como ya dijo el Papa: *Servus servorum, el esclavo de los esclavos*. No puede la cabeza, de ninguna manera, como no le sería posible al pie, substraerse del yugo de las leyes orgánicas, y la obediencia absoluta de los miembros es su deber y su salud. San Pablo con su fervor, su energía, su clarividencia acostumbradas, ha magníficamente comentado esta idea, y si alguna vez os sentís con tentaciones de sublevaros contra vuestro nativo papel en el gran organismo social, os aconsejo volveis á leer

atentamente el capítulo XII de la epístola primera á los corintos. Cualquier movimiento de sublevación ó de desorden, abre una brecha que puede ensancharse y servir para pasar en otra ocasión á la anarquía. Coloca el historiador latino como una de las cualidades más notables del carácter de Anibal, el que sabía á su vez obedecer y mandar: «*Nunquam ingenium idem ad res diversissimas, parendum atque imperandum, habilius fuit.*»

No hay duda que son bien auténticos el obedecer y el mandar: sin embargo, la una es la mejor disciplina para aprender la otra, y quien únicamente haya mandado ignorará precisamente los límites que limitan el poder por el mayor bien del poder mismo.

Jóvenes, cultivad, pues, la antigua virtud romana de la sumisión á la autoridad; cultivadla como la que mejor sienta á vuestros juveniles años. Ejecutad la orden de un superior sencillamente porque es una orden; yo añado: ejecutadla puntualmente. Nada puede haceros más gratos ante los que os emplean, que la diligencia y exactitud en los asuntos. ¿Y qué puede haber más natural? La marcha regular y armoniosa de toda la máquina depende de la exactitud que cada uno ponga para mejor desempeñar su papel. En las complicaciones de la vida social, cuando falta la obediencia no puede ser reemplazada ni por el genio ni por el talento. El reloj que marcha irregularmente no señala la hora á nadie: si la tarea que habeis de cumplir es uno de los factores necesarios para el trabajo de otro hombre, sois vosotros su reloj, y debe poder contar con vosotros. El más hermoso de los elogios que puede recibir un miembro de cualquier grupo, ha de ser este: «*He ahí un hombre que hace siempre, lo que se le ha pedido, y que siempre está en su punto en el momento convenido.*»

V

La segunda de las virtudes que ha cultivar el joven con cuidado especial es la *sinceridad*. Creo, con Platón, que una mentira es cosa digna de desprecio para los dioses y para los hombres. La juventud sobre todo es naturalmente sincera. Pero el temor, la vanidad, influencias varias, distintos intereses, pueden somover y aun ahogar este instinto, hasta el punto de quitar al alma humana toda firmeza, toda dignidad. Stuart Mill, en uno de sus folletos políticos, dirigiéndose á los obreros ingleses, diceles que la mayor parte son «mentirosos;» pero después añade un elogio haciendo constar que, entre los trabajadores de

Europa, sólo ellos se avergüenzan de las bajezas que cometen. Desde los primeros pasos que da por el sendero de la vida, ha de penetrarse el joven de la idea de que vive en mundo de graves realidades, en donde no pueden las apariencias variar sus fundamentos. Con esta convicción en el espíritu, debe, como miembro de la sociedad, dedicarse secretamente á ser mucho más de lo que *representa*, y no figurar mucho más de lo que es. *Es necesario no parecerlo, sino ser bueno*, dice un escritor griego. Quien se preocupa de revestir cualesquiera de sus asuntos de apariencia engañosa, á la cual no corresponde realidad alguna interior, realiza obra de farsa, que tal vez de momento le servirá para sacar adelante sus propósitos, desvanciéndose después, y en hermoso día se fundirá como se funde la capa de plata que cubre al cobre. Nunca el plaqué, para soportar las usuras de la vida, alcanzará el valor del oro puro. Tenedlo presente.

Muchas causas hacen prevalecer entre la gente esta clase de mentiras sociales: para los hombres de negocios, por tener demasiado fija la vista en primer lugar en los beneficios; pero para los jóvenes á quienes principalmente me dirijo en estos momentos, es sobre todo por causa de la pereza, de la vanidad, de la cobardía; han de estar prevenidos, y con cuidado muy especial, á la acción incesante de estas tres tendencias.

Nunca los perezosos están prontos en el momento propicio: se salen del paso generalmente con una mentira: así se comporta el alumno al indicarle su profesor que explique un texto latino ó griego, y se sirve de una traducción colocada detrás de la página. ¿Esto, qué es sino una mentira? Deseaba el maestro leer en la inteligencia del alumno, y éste en lugar del esfuerzo de su cerebro, le da lo que saca de un pedazo de papel. Trabajo negligente, inacabado, superficial, en el fondo es una mentira, que debiera avergonzar.

Tienen las mentiras otro origen en la vanidad. El deseo de llamar la atención sobre sí impulsa muchas veces á los jóvenes no muy bien dotados de experiencia y de estudios á aparentar extensos conocimientos, que en realidad no poseen, dando á su insustancialidad los aires, el aspecto de un mérito superior, y con esto dejan á los demás una impresión falsa de su importancia. Desde sus principios habeis de confesar sencillamente vuestra ignorancia; más tarde os será beneficioso. En otros términos, los engaños que sirven para ocultar á los demás vuestras lagunas, pueden suceder que acaben por poner os vendas á

vuestros propios ojos y hagan de vuestra vida un esfuerzo constante hacia la apariencia mentirosa, á la cual ninguna realidad corresponde.

Pero más que la vanidad, es la falta de valor la que proporciona á los jóvenes sus más amargas pruebas. La presunción, tan natural en la juventud, no será difícil combatirla: la sociedad toda se halla en conspiración permanente para abatir en cada uno de esos miembros la infatuación personal. Un poco de pusilanimidad decente os pone siempre á cubierto; pero los que empiezan en la vida no atreviéndose á decir cuanto piensan, acaban por no atreverse á pensar lo que quisieran.

Es, sin duda, el valor moral la más viril, pero la más rara de las virtudes sociales. Tradiciones, instituciones más respetadas y algunas de las afecciones más dulces y más nobles se confabulan en muchas ocasiones contra la práctica de tal virtud; entonces, es el momento que, para decir abiertamente la verdad, necesitase una mezcla de resolución y tacto, de lo cual hay poca gente capaz de reunir. Por otra parte, no siempre ha de desearse que una persona diga brutalmente toda la verdad, tal como la sabe. Nada es más agresivo que la verdad, cuando está en oposición de los grandes intereses sociales, de las grandes asociaciones, de las grandes pasiones de la masa. Ahora bien, la ofensa á veces necesaria, no debe ser nunca buscada por gusto. Aquí puede aplicarse estas palabras de las Escrituras Sagradas: *Sed prudentes como la serpiente, inofensivos como la paloma*. No obstante, hay momentos que se debe tirar la verdad al rostro de la gente, á riesgo de herir gravemente la autoridad más encumbrada. Quien falta á este deber, es un pusilánime, un cobarde, y esto, á pesar de los millares y millones de medrosos que le imitan.

(Continuará.)

GELOSÍA

LEMA:

Quan l'aygua gronxa
la perla de la conxa:
S'ou una lira
en el mar, que suspira.
Es la sirena
que gelosa 's mor de pena.

Quan soleta contemplis ma Conxa
brillejar els estels de la nit;
si 'n veus dos que am més forsa brillejan
son mos ulls que t'oviran de fit.

—

Quan ne vegis volar l' aureneta
per juntarse am l' altre, en soa niu;
pensa am mí y recorda m' aymía
de mos llabis aquell gran caliu.

Si contemplas la trista floreta
que boy sola se troba en lo camp;
pensa am mí que tot sol ¡ay! me trobo,
y sentint del amor fins la fam.

Si algún cop á ne 'l bosch sola 't trobas
y un soroll tot estrany porti 'l vent;
no t' esglayis, escóltal atenta
que ma yeu hi ourás al moment:

Hi ourás las paraulas que 't deya,
Hi ourás fins los meus juraments;
mos sospirs d' anyoransa y tristesa
anirán barrejats am los vents.

Si 'l teu cor sent desitjos encara
d' estimar á n' aquell que tant vols
¡valgam Deu! una cosa voldría:
que 's tornés lo teu cor fina pols;

perque aixís l' huracá de mas iras
per l' espay lo fondría al instant
y el veneno de la gelosía
no aniría mon ser corsecant.

P. GUBERT.

LA TORRE DEL ESPECTRO

En el castillo de Moncada existía en otro tiempo una torre á la cual el vulgo daba el nombre de *La torre del espectro*. Diz que ciertas noches se veía en ella luz, á pesar de hallarse inhabitada, y el vulgo suponía que cada sábado al dar las doce de la noche se asomaba á una ventana el espectro del noble caballero don Hugo de Moncada, muerto en 1278 á manos de un obscuro almogávar.

Sobre la muerte de este ilustre caballero recogí un día cierta tradición que podrá ser ó no cierta, pero que como me contaron cuento.

En una obscura y fría noche de noviembre de 1278, á corta distancia de Santa Coloma de Gramanet, y en un camino que iba costeano la orilla del Besós, se hallaba sentado en el suelo, con la cabeza apoyada en un árbol, un hombre envuelto en aquella especie de manta parda que usaban los almogavares. Hubiérase dicho que dormía. Sin embargo, nada menos que esto. No dormía; esperaba.

Cualquiera que hubiese podido observarle á través de la obscuridad que reinaba, hubiérale visto incorporarse bruscamente de pron-

to, avanzar la cabeza como si de interrogar tratase los ruidos de las noches buscando entre todos uno que fuese más familiar á su oído, y en seguida, como si este examen no le hubiese dado el resultado que esperaba, bajarse hasta tocar la tierra y aplicar el oído, permaneciendo más de un minuto tendido en el suelo y en una verdadera inmovilidad.

Al cabo de este tiempo se levantó satisfecho, y abandonando el árbol junto al cual había hasta entonces permanecido, fué á colocarse en mitad del camino.

Unos minutos después un ruido comenzó á hacerse sentir entre el silencio de la noche. Era el trote de un caballo. Acercándose fué poco á poco hacia el sitio donde estaba nuestro hombre misterioso, y bien pronto vió este surgir de entre las sombras el perfil de un jinete. Sin duda el que avanzaba vió también delinearse una sombra en mitad del camino, pues que, inclinándose sobre el cuello del caballo, sin no obstante moderar el paso de éste, gritó con voz robusta y varonil:

—¿Quién anda ahí?

—Un hombre que desea hablaros—contestó el desconocido.

El jinete tiró de la rienda y detuvo su caballo, y al propio tiempo que se inclinaba de nuevo como para descubrir mejor al que acababa de hablar, su mano derecha buscaba bajo la pelliza que le envolvía el pomo de la daga que siempre llevaban los caballeros de entonces en su cinto, daga pequeña y de punta agudísima que servía de arma arrojadiza á los que como el jinete de que hablamos, sabían dispararla con certero tino y desde gran distancia. Quizá el desconocido se apercibió de este manejo, pues hizo un movimiento como para adelantarse, pero le detuvo la voz del jinete.

—Dí lo que quieres sin adelantar un paso, ó te arrojo mi daga, y por la sangre de Cristo Nuestro Señor que no erraré de una pulgada tu corazón.

El desconocido, que había dejado caer el embozo de su manta, se cruzó de brazos, y dijo, mientras que una sonrisa indefinible vagaba por sus labios:

—¿Don Hugo de Moncada tiene miedo?

—¡Villano! gritó el jinete. ¿Cuando has visto ó has oído decir que hubiese temblado un Moncada? Perdónote tu insolencia en gracia de que me digas pronto lo que de mí deseas; pero antes de todo, empieza por decirme tu nombre, pues sabes el mio. No gusto de hablar con gente desconocida.

—Me llamo Farech el almogávar.

—¿Y qué es lo que quiere Farech el almo-

gávar á Hugo de Moncada?

—Una sola cosa, su vida.

Don Hugo se irguió sobre la silla de su caballo, y sus ojos centellearon en la obscuridad.

—¿Mi vida has dicho, perro almogávar? ¿Mi vida! ¿Y para qué necesita mi vida un lenguaje tan villano como tú?

—Porque la palabra de un villano vale tanto como la de un caballero, y he prometido mataros.

—¿Y á qué perro judío ó moro le has prometido la vida de un Moncada?

—Al vizconde de Rosanes.

Al oír Moncada el nombre de su enemigo mortal y encarnizado, lo adivinó todo. El hombre que tenía delante era uno de esos nacidos de la hez del populacho, que en aquella época alquileraban su brazo y su puñal á los caballeros para desembarazarles de cualquier enemigo demasiado poderoso ó demasiado temible que les estorbase.

En cuanto don Hugo oyó el nombre de su enemigo, lo comprendió todo, y en el acto, con la rapidez del rayo, desenvainó su daga y la arrojó con ímpetu al almogavar, clavando al mismo tiempo con furia el aguijón en el vientre de su caballo para hacerle saltar sobre el cuerpo del asesino.

La daga partió en efecto disparada de la mano de D. Hugo, pero fué á clavarse en el árbol en que había estado apoyado Farech; el caballo saltó, en efecto, por encima de su cuerpo, pero no de su cadáver. También á su vez el almogávar lo había comprendido todo, y con la misma rapidez que puso en la acción don Hugo, se tiró él al suelo para evitar la daga y dejar paso al caballo que, á mantenerse en pie le hubiera derribado indudablemente. Fué, sin embargo, tan instantáneo el saltar don Hugo por encima de su cuerpo, como ponerse en pie el almogávar, echar á correr detrás del caballo alcanzarle, montar en grupa de un bote, y ceñir al jinete con una de aquellas correas de que iban siempre provistos los almogávares para sugetar sus azconas ó aprisionar á sus enemtgos, teniendo alguno de ellos la habilidad, y Farech era de este número, de arrojarlas como un lazo.

Cuando don Hugo quiso hacer un movimiento de resistencia, estaba ya atado.

El almogavar detuvo el caballo, se apeó, levantó á don Hugo de la silla con la misma facilidad que lo hubiera hecho con un saco de plumas, y lo depositó en el suelo.

El asombro que causó al caballero la rapidez de todo este manejo, había paralizado su lengua.

—Don Hugo, os he dicho que los villanos

al dar una palabra sabían cumplirla. Sois mío ya. Rezad vuestras oraciones y poneos bien con Dios, porque vais á morir.

No le espantaba la muerte al de Moncada. La había visto muy á menudo y muy de cerca en los campos de batalla. Una idea cruzó como un rayo por su mente, y mirando cara á cara al almogávar, le dijo:

—Farech, ¿cuánto te han dado para matarme?

—Me han llenado el casco de morabatines.

—¡Torpe! te lo hubieran llenado cinco veces lo menos si hubieses sabido hacer valer.

—Qué queréis! Soy hombre que me contento con una ganancia módica.

—Estas cinco veces te lo llenaré yo si me salvas la vida.

No puede ser, don Hugo. He dado mi palabra y me han pagado anticipadamente.

—Te lo llenaré seis, diez veces.

—Aunque fuesen ciento; aunque me dieseis, construido de oro macizo, el castillo de vuestro hermano el barón que asoma allí arriba.

Don Hugo conoció que no había dado con un asesino vulgar, y se dispuso á morir.

La frente del almogavar se había, sin embargo, nublado. Estaba meditando. El caballero siguió en el rostro de Farech el hilo de sus reflexiones, y esperó.

—No, dijo al cabo de un momento el almogavar; no puedo dejar de mataros, porque sería deshonorarme. He recibido la paga y he dado mi palabra, pero puedo hacer otra cosa.

—¿Cuál?

—Matar al vizconde de Rosanes luego de haberos matado á vos.

Un rayo de gozo iluminó el semblante de don Hugo. El placer de la venganza le hacía grata su misma suerte. Los hombres de aquel siglo eran de este temple.

—Que me place, dijo. Hubiera querido, bien lo sabe Dios, matarle por mi propia mano y en campal combate; pero ya que esto no puede ser, acepto tu oferta. Te llenaré cinco veces tu casco de morabatines.

—No sería justo esto y me deshonoraría también, contestó con cierto tono de hidalguía el almogavar, que entendía el honor á su manera. Os cobraré lisa y llanamente por su vida lo que él me ha dado por la vuestra. Ni más ni menos. Bien en verdad que él como hombre vale menos que vos, y su vida estaría bien pagada con la mitad de lo suma que he recibido por la vuestra; pero al fin y al cabo es él vizconde, siendo vos no más que simple caballero, y vaya esa otra mitad de la suma por su título. ¿Os acomoda el precio?

—Me acomoda. Falta ahora arreglar las

condiciones del contrato.

—Son muy sencillas, vais á darme vuestra palabra de honor de volver á este sitio dentro de una hora, solo y sin armas. En seguida os soltaré la correa, montareis en vuestro caballo, os llegareis al castillo del barón vuestro hermano, y volvereis con el dinero convenido. En cambio, yo os daré á mi vez la palabra de que antes de tres días habrá muerto el vizconde de Rosanes.

—¿Puedo estar seguro de que cumplirás tu palabra?

—Como yo lo estoy de vos, don Hugo, cumplireis la vuestra volviendo á este sitio dentro de una hora, solo, sin armas y con el dinero.

—Mi palabra tienes, almogávar. Desata la correa.

—Y vos teneis la mía, don Hugo, podreis morir tranquilo.

Farech aflojó el lazo de la correa que sujetaba al caballero, y ya ni uno ni otro se dijeron más palabra.

Extraño contrato, ¿no es cierto?

Y sin embargo, cuenta la tradición que uno y otro lo cumplieron al pié de la letra.

A la hora estaba de vuelta don Hugo con el dinero; á los pocos instantes había dejado de existir á manos de Farech el almogavar, y tres días después de esta muerte los servidores del vizconde de Rosanes que tenía su castillo cerca de Martorell, viendo que su señor tardaba en volver de caza á la que había partido muy de mañana, fueron á registrar el bosque vecino, y le encontraron bañado en su sangre y cadáver al pié de un grupo de álamos. Junto á él recogieron una ensangrentada azcona de almogavar.

VICTOR BALAGUER.

La Festa Nacional Catalana

á la Associació Catalanista "Bruniquer"

Eran poch mes de las tres de la tarde cuan se doná principi á la gran «Festa Nacional Catalana» en el local de la Associació catalanista *Bruniquer* ab una concurrencia bastant nombrosa, concurrencia que aná en aument, veyentse al cap de mitj' hora el local ple de personas de tots els estaments socials.

Oberta la festa, el Sr. President de la Associació feu recordar á n' el auditori, lo que s' tractava de celebrar, presentá ols oradors senyors Senties y Barnils del «Aplech Catalánista» de Barcelona, y excitá á que s' escol-

tessin ab especial interés las sanitosas doctrinas que tot seguit serian exposadas. A continuació el Sr. Secretari llegí una fulla-proclama dirigida «Als catalans» y firmada per els Srs. Domingo Martí y Juliá, Albert Russinyol, Miquel Laporta, Francesch Ubach y Vinyeta, César A. Torras, Vicens de Moragas, Alexandre de Riquer, Francisco Flos y Calcat, Narcís Fuster, Ricart Sicra y Eudalt Soler, tots ells en nom de las corporacions y societats que respectivament representan.

Cedida la paraula al senyor Barnils del «Aplech» llegí aquest un discurs profund ple de conceptes vibrans y de concepciones apropiadas al acte, fint al mateix temps historia del Catalanisme. Al final va ser llargament aplaudit.

Parlá llavors el Sr. Canal, soci de la Associació, habent llegit també un acabat treball respecte á Nacionalisme, encertat, práctic y encoratjador. El Sr. Canal fou saludat ab forts aplaudiments.

S' aixeca 'l Sr. Vendrell, y ab la veu de la persuasió y ab la serenitat y clarividencia que 'l caracterisan, atacá de ferm al centralisme, causa primordial y efectiva de nostras amarguras y de nostra ruína. Exposá ab profunditat y coneixement del assuntó els únichs medis de nostra salvació. El Sr. Vendrell es aplaudit.

Lo Sr. Fontdevila ataca durament als detractors del catalanisme.

Lo Sr. Canellas després de saludar á la concurrencia y tenir paraulas de lloansa pera la Associació «Bruniquer», diu que sent un no se qué extraordinari al endinsar son pensament en aquesta memorable diada.

El Sr. Senties del «Aplech Catalanista». Després de saludar á la Societat y á tot el públich y disculpar la ausencia del Sr. Serrat que no ha pogut assistir á la Festa, fa un llarch y enérgich discurs de tons patriótics que es frecuentment interromput pels aplausos més entussiasas.

Acabat el parlament fou unanimament ovcionat.

A continuació el Sr. Entraigas recitá una escullida composició plena de ruentas inventivas que fou molt celebrada.

Finalment el Sr. Guardiola, President de la Associació, explicá els dos principals estats de fortuna ó de desgracia de la vida individual ó colectiva pera treurer la consecuencia de que 'l catalans debém recordar aquells millors temps en los que Catalunya era una jamosa poncella del jardí infinit del Univers.

Exhortá á que apoyantlos en aytals recorts y á las saludables ensenyansas que allí s' ha-

bian exposat, trevallém pera retornar á nostra aymada Patria aquellas diades de civilisació y progrés y de pau y tranquilitat, que tan necessitém.

Envía un saludo afectuós al gran estol de catalanistas, á n' aquell ap'lech de catalans de bona mena, que s' habian congregat en el desert de Sarriá. Doná las gracias als Srs. Senties y Barnils. Feu constar l' agrañiment de la Junta envers tots aquells oradors que habian contribuit ab la seva cooperació al millor éxit de la festa, y remarcá las gracias més expressivas en nom de la Societat, á todas las entitats y particular que ab la seva asistencia, després d' honrar el local, habian donat major lluhiment y esplendor á un acte tan important.

Tots los oradors foren molt aplaudits.

UN BRUNIQUER.

En la "Unión Republicana"

El sábado por la noche celebró otra velada, y ésta más bien fué literario-musical.

Abrió la sesión el canto de la Marsellesa, y el Sr. Mas con un sencillo discurso enalteció la obra que llevaban á cabo, recomendando á los concurrentes el mismo interés que hasta ahora se habian tomado por tales reuniones.

El Sr. Mendo leyó un trabajo en prosa.

Leyeron poesias los Sres. Sisa y Mas.

Los lectores y los trabajos fueron muy aplaudidos.

Tomaron parte en la velada el popular terceto formado por los Sres. Bonifacia, Ventura y Cunill.

Cantaron con el buen gusto y afinación á que nos tienen acostumbrados, *Vigilia de bodas* y *Vals España*.

El Sr. Bonifacia con mucho sentimiento y mucha corrección cantó *La partida*.

Acompañoles con el piano el Sr. Rodoreda.

Para acallar los aplausos hubieron de repetir todos los números.

Acabó la sesión con *La Marsellesa*.

El público era numeroso.



CRÓNICA

El miércoles celebró exámenes la Academia Granados de los alumnos del notable profesor de piano de ésta el Rdo. D. José Colomer.

El niño Benito Morató verificó en el piano varios ejercicios de mecanismo, en los que puso á prueba su agilidad y ejecutó con mucha seguridad tres estudios de Bertini.

La Srta. Angelina Camp, ya elogiada en estas mismas columnas por sus brillantes exámenes del pasado curso, examinóse con dos estudios de Cramer (libro I) y una romanza sin palabras de Mendelssohn. En todo demostró lo mucho que progresa.

La Srta. Monserrat Maspons interpretó un estudio de Chopin, una fuga de Bach y el *Au soir Essor* de Schumann.

Obtuvieron los tres la calificación de sobresaliente con distinción.

Y hay que añadir en cuanto á la Srta. Monserrat Maspons, que el Tribunal hizo muchos y merecidos elogios de la misma, no sólo por su ejecución brillante sino también por las muchas aptitudes demostradas para el cultivo del piano.

Los discípulos indicados honran á su profesor el Rdo. Sr. Colomer, el cual viene demostrando que á su talento musical une un excelente método de enseñanza.



La procesión del Corpus, cuyo pendón principal se hallaba confiado á la Junta del Centro Católico, estuvo concurridísima como de algunos años no se había visto.

Acudió á contemplarla gentío inmenso.



Actuó el jueves en el Teatro de *La Alhambra* unpañil de niños aficionados.

Tuvieron escasa entrada y merecían un lleno, pues los niños que en la función tomaron parte demostraron ser estudiosos y alguno con cualidades para la escena.



Por error de caja se ha impreso *Catadrático* y ha de ser *Catedrático*.



Con el título de *Luisita*, ha compuesto una mazurka para el *Quinteto Filarmónico*, el profesor de música D. Jaime Arumi, la cual formará parte del programa de los bailes que se darán hoy en los salones de la recreativa sociedad *La Alhambra*.

ANUNCIOS

PARA VENDER

hay una bodega con todos sus accesorios incluso el vino en existencia. Da para vivir dos personas. Pueblo vecino á ésta.

Informes en la Imprenta de este periódico.

MANUALES * SOLER

**BIBLIOTECA ÚTIL Y ECONÓMICA DE
CONOCIMIENTOS ENCICLOPÉDICOS**

Ciencias - Artes - Oficios y Aplicaciones prácticas

**VENTAS A PLAZOS Y AL CONTADO
EN LA IMPRENTA DE ESTE PERIÓDICO**

REGALO de una ÉTAGÈRE á los compradores y coleccionistas.

LA MODERNA

ZAPATERÍA

DE

JOSE CASANOVAS

PLAZA DEL GANADO, 6

Frente al Café Nuevo

GRANOLLERS

Especialidad

EN LA

MEDIDA

J. VIDAL Y JUMBERT

Falls del meu album

PREU 2 PESETAS

PUNTS DE VENTA: Feliu Estaper, Sumeras, 2
Imprempta d'aquest periodich

IMPRENTA

DE

FRANCISCO CUCURELLA

CALLE DE CORRÓ, 9.- GRANOLLERS

Impresiones de todas clases como tarjetas, sobres, papel para cartas, prospectos, facturas, talonarios, programas, menús, participaciones de casamiento y bautizo, esquelas de defunción, revistas, periódicos, etc.

Especialidad en trabajos á varias tintas.